

CAPÍTULO V

LA FASE MUROMACHI

(DESDE 1333 HASTA LA DISPERSIÓN TOTAL DEL PODER ESTATAL,
ALREDEDOR DE 1460)

LA FIDELIDAD de los vasallos al *shogun*, fidelidad establecida hacia tantas generaciones respecto de un poderoso guerrero como era Yoritomo, carecía de fondo psicológico en cuanto a los descendientes de estos vasallos, y los ulteriores shogunes-Kamakura, marionetas de la familia Hojo (regentes, o titulares de otras funciones de poder, entre los cuales, a su vez, ya vienen asomándose algunas caricaturas de gobernantes —como finalmente Takatoki, cuya muerte valiente no borra los aspectos ridículos e irresponsables de su actuación política), de ningún modo son aceptados tan espontáneamente por los vasallos, como los primeros. Los elementos que en la mezcla, descrita arriba, recuerdan el feudalismo occidental, pronto ganaron en importancia, durante la segunda mitad de la fase Kamakura, sobre todo desde que la influencia de los Hojo, primero tan poderosos y capaces, comenzó a palidecer. Desde los últimos decenios de la fase Kamakura, fuerzas centrífugas están llevando la realidad política japonesa hacia una coexistencia precaria de múltiples *daimyo*,¹ señores territoriales, que sólo en teoría reconocen la autoridad y divinidad del emperador en Kioto y de su brazo secular, el *shogun*. Muchos grandes *daimyo*, apoyados en sus *samurai*, repudian descaradamente la autoridad del *shogun*, y éste trata de defender su posición usando, a su vez, una propia organización de vasallos y *samurai*. Paulatinamente el *shogun* va bajando al nivel de un *daimyo* entre muchos (aunque siempre con algo del prestigio mágico, reflejado desde el emperador, y con un propio territorio feudal muy rico y extenso). El tercer elemento, el emperador, no pudo hacer más que contemplar los vaivenes del mundo de los *daimyo*, con todas sus inestables alianzas y contraalianzas.²

¹ Se trata de uno de los múltiples términos que la antigua literatura japonesa ofrece al respecto, pero que, entre tanto, se generalizó y popularizó.

² En este ambiente de caos y de debilidad imperial son interesantes los consejos de Hana-

Después de una larga fase de erosión del poder de los Hojo, en 1326 el último regente de esta familia, Takatoki, se retiró (cometió *seppuku* en 1333). Luego, después de la batalla de Minatogawa (25.V.1336), a veces calificada como las Termópilas del Japón, comienza la próxima dinastía de *shogun*, la de T. Ashikaga y sus familiares, que se reincorporan al ambiente local de Kioto, estableciéndose allí en el suburbio de Muromachi (durante la larga época del shogunado, 1192-1868, sólo durante esta fase Muromachi, el emperador, y el *shogun* se encontraron establecidos en una misma ciudad).³

A la crisis final de la fase Kamakura, mucho contribuyó el emperador Go-Saga, que en 1272 había organizado la sucesión al trono en un testamento que se prestaba a diversas interpretaciones, de manera que surgieron dos líneas de familiares con pretensión a la dignidad imperial. Como compromiso, el *shogun* estableció luego un sistema alternativo de períodos en el trono, pero cuando, al finalizar su término, un miembro de una familia ya no quería transmitir el poder imperial al miembro primordial de la otra familia, estalló una guerra civil, en la que el norte apoyaba el poder ilegítimo, y el sur la línea opuesta. Sobre esta base, ya erosionada, sobrevino la caída del sistema Kamakura (si es lícito hablar de "sistema", tratándose de un panorama tan cambiante en cuanto a la estructura del poder político), caída finalmente motivada por el intento del emperador Go-Daigo (1288-1339) de acabar con dicha bifurcación del poder entre emperador y *shogun*. En 1333 logró anular al *Bakufu* y, de paso, a la familia Hojo (se habla de la "restauración-Kemmu", tan transitoria como la posterior "restauración-Meiji" ha sido importante y de efecto duradero)⁴; pero ya pronto el victorioso emperador fue víctima del guerrero Takanji Ashikaga (1305-1358). del que se había servido para sus triunfos militares. Éste, pronto sustituyó a Go-Daigo por otro miembro de la familia imperial, y se hizo luego nombrar *shogun* (1338) por su propia marioneta.

Este Ashikaga puede considerarse como tres veces traidor: primero traicionó a sus superiores originales, los Hojo; luego a su emperador,

zono, el Emperador, a sus hijos, formulados alrededor de 1330 (hay una traducción alemana, por Hermann Bohner, *Mahnung an den Kronprinzen*, M. N., I [1938]; 317-349).

³ El palacio de retiro del sucesor más relevante de Ashikaga, Yoshimitsu (1367-1395), el Pabellón de Oro, sigue siendo uno de los *musts* turísticos de Kioto y ofrece una impresión del refinado ambiente palaciego que acompañaba este "feudalismo" japonés, ambiente tan distinto del de los sólidos castillos europeos de la fase comparable.

⁴ Para este intento de Go-Daigo véase H. P. Varley, *Imperial Restoration in Medieval Japan*, Columbia University Press, 1971.

Go-Daigo; y finalmente a su gran colaborador, su hermano y primer ministro, al que logró hacer asesinar.⁵ A pesar de tales *taches de beauté*, su régimen fue bueno y su dinastía, después de su muerte, continuaba dando esperanzas, que culminaron en tiempos del tercer Ashikaga, Yoshimitsu, quien logró una máxima unificación del poder, imponiéndose a los *shugo* que ya habían iniciado un movimiento centrífugo, ahora interrumpido, pero continuado después de algunas generaciones, como veremos.

A esta concentración del poder central bajo el tercer Ashikaga se unía una política que en el Occidente calificaríamos de “mercantilista”, y que trajo notables ventajas materiales al Japón.⁶

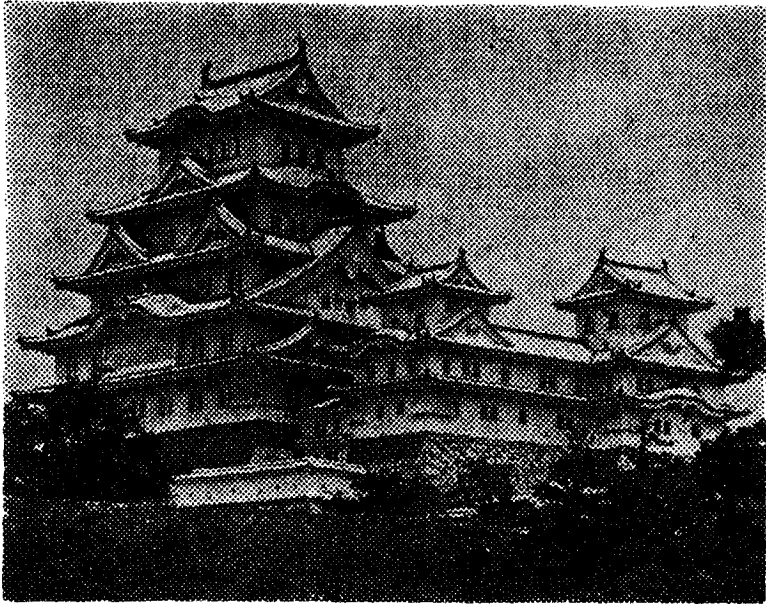
Luego, la familia Ashikaga decayó, y desde la quinta generación, los *shogun* de esta dinastía parecían dedicar su atención de preferencia a los detalles rituales de la ceremonia del té. Sin embargo, en este nivel de total insignificancia política quedaron todavía en funciones shogunales por unas cinco generaciones más, en un ambiente de creciente vacuidad y formalismo, y en medio del tumulto de los verdaderos dueños del país, los *daimyo* locales, que estuvieron organizándose entre ellos, con alegre infidelidad, cubriendo el país con sus castillos,⁷ generalmente protegidos por enormes fosas, que podían llenarse de agua en momentos de crisis.

Finalmente, en 1392, las dos mencionadas líneas de la familia imperial que habían estado en pugna, se reconciliaron, y el representante de la línea usurpadora adoptó al representante de la línea adversa en calidad de padre (una de aquellas curiosas formas de adopción como hermano, padre, etc., que a veces hallamos en la fenomenología del derecho). Sin embargo, esta eliminación de una causa de discordia vino tarde: el ambiente público-general se encontraba desquiciado, enca-

⁵ Naturalmente, desde los tiempos de Ranke ha pasado —o hubiera debido pasar— la fase de la historiografía moralizadora; sin embargo, “traición”, además de poder ser considerada como algo “inmoral” en sentido tradicional (calificación actualmente a menudo discutida y negada; véase Margret Boveri, *Der Verrat im 20 Jahrhundert*, 4 vols., Hamburgo, 1956) también es un hecho social, y las traiciones cometidas, con cierta constancia, por un personaje importante, “feudal”, sin que éste sea rechazado por el *consensus* de su grupo, no deja de ser un interesante fenómeno histórico, e indicio de la compleja psicología social de la élite de aquella época.

⁶ Véase Kenneth A. Grossber, *From Feudal Chieftain to Secular Monarch*, M. N. 31 (1976), pp. 29-49.

⁷ Muchos de éstos sobreviven hasta la fecha, y constituyen uno de los múltiples atractivos turísticos del Japón. Véase M. Fujioka, *Japanese castles*, Osaka, 1968. Varios de ellos, empero —y precisamente unos de los más populares entre los turistas—, son reconstrucciones hechas después de las destrucciones que causó la Segunda Guerra Mundial.



Castillo Himeji, comienzo del siglo xviii.

minado hacia la anarquía, y la pacificación dentro de la familia imperial no pudo ser un primer paso hacia la reunificación del país bajo un poder central (aunque fuera bifurcado entre emperador y *shogun*). Sigue el ascenso de los *daimyo* independientes, y el descenso del *shogun* (que en 1439 inclusive pierde definitivamente sus residencias antiguas en la ciudad de Kamakura).

La estructura de la burocracia central seguía aún las líneas generales que caracterizan la fase anterior. Por debajo del *shogun*, “monarca secular”, hallamos al *kanrei* (primer ministro, generalmente ligado en alguna forma a la familia de los Ashikaga), eslabón entre el *shogun* y las grandes oficinas de la administración, sobre todo el *Man Dokoro* (que administraba los enormes feudos propios del *shogun*, o sea los *Goryōsho*), el *Samurai Dokoro* (que debía mantener los *bushi*) y el *Onshōgata*, tribunal que decidía sobre reclamaciones que surgieran en el mundo de los vasallos). Por debajo del mundo de los *kuge* del palacio imperial, los *buke* que directa o indirectamente dependían del *shogun*, los *daimyo* —ya casi autónomos— y las poderosas boncerías, hallamos al “pueblo”, de campesinos, artesanos y mercaderes, limitados en su forma de producir y consumir por reglas que en la fase Tokugawa, a partir

del comienzo del siglo xvii, cristalizarán finalmente en detalladas y rígidas normas.

En cuanto a la legislación de esta época: la gran obra legislativa de la fase anterior, o sea el *Joëi Shikimoku* o *Goseibai Shikimoku*, no fue víctima de su íntima relación con los Hojo, y quedó en vigor, aunque completado en 1336 por los 17 artículos del *Kemmu Shikimoku*, normas ético-jurídicas expedidas por Takanji Ashikaga para funcionarios públicos, cuyo tono de austeridad oficial contrasta con la atmósfera no muy edificante de lujo y corrupción, que caracteriza la vida de la élite imperial y shogunal de esta fase. Por otra parte (y a este respecto ayudó el reflejo de la cultura Ming, en China), el arte de la época Muromachi es muy superior al de la fase Kamakura, y si los *shogun* no sirvieron, generalmente, como políticos y militares, durante este período, como mecenas no eran despreciables. Otro aspecto curioso de esta época, y que parece difícil de explicar a la luz de tanto desorden, era el incremento de la prosperidad general. Éste fue posible por el florecimiento del comercio con China, y también por el hecho de que, si la discordia política y militar causaba zozobra en la cúspide, en el interior de los territorios de los grandes *daimyo* hubo a menudo un ambiente de disciplina y paz, ayudado frecuentemente por acertadas normas de índole local, que ahora ganaron importancia en perjuicio del derecho creado por los poderes centrales.